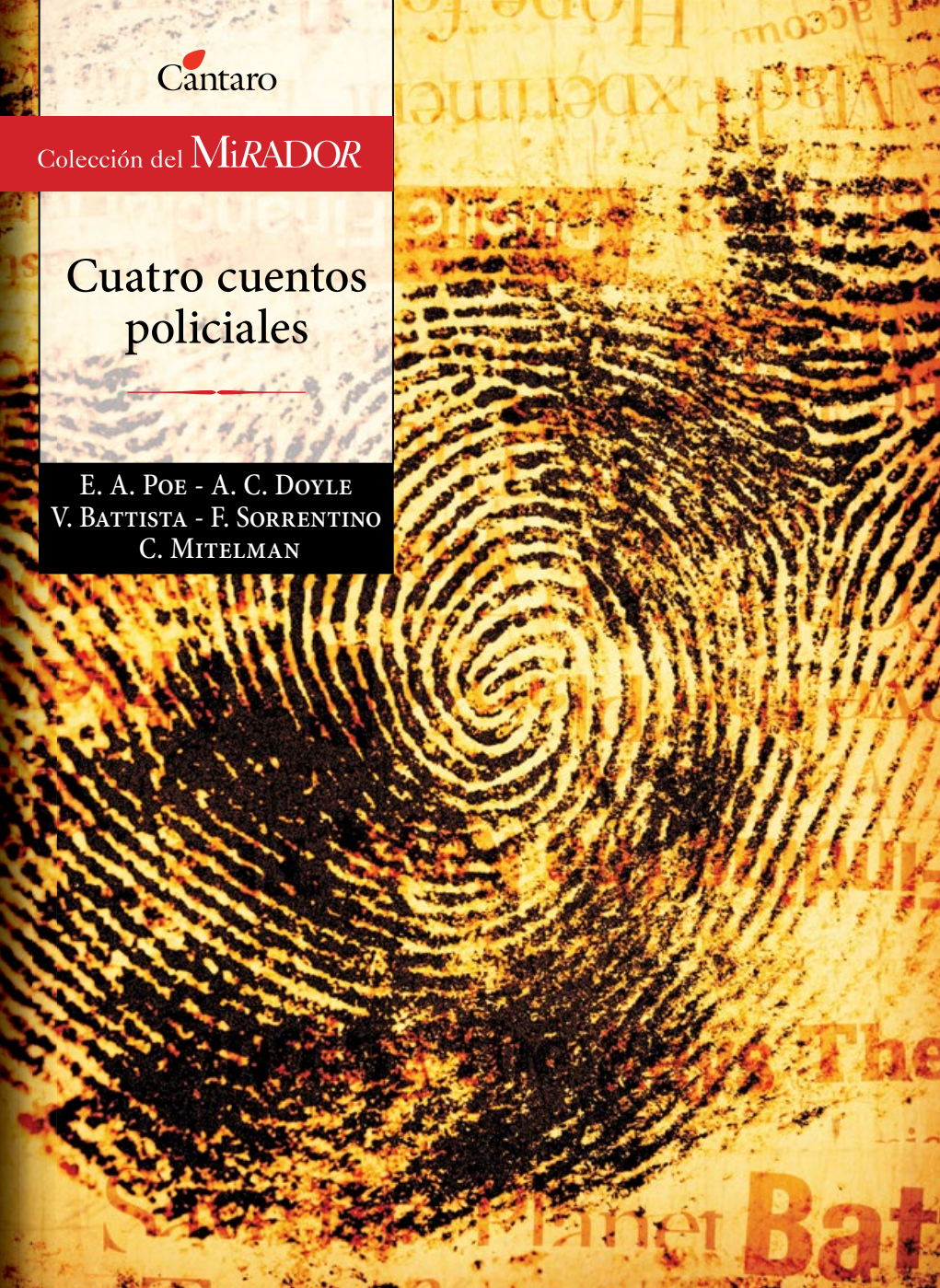


Cantaro

Colección del **MIRADOR**

# Cuatro cuentos policiales

E. A. POE - A. C. DOYLE  
V. BATTISTA - F. SORRENTINO  
C. MITELMAN



Colección del *MIRADOR*

Cuatro cuentos  
policiales

---

E. A. POE - A. C. DOYLE  
V. BATTISTA - F. SORRENTINO  
C. MITELMAN

Colección del  
**MIRADOR**

**Coordinadora del Área de Literatura:** Laura Giussani

**Editora de la colección:** Karina Echevarría

**Secciones especiales:** María Soledad Silvestre

**Corrector:** Mariano Sanz

**Coordinadora de Arte y Diseño:** Valeria Bisutti

**Diagramación:** Dinamo

**Gerente de Prerensa y Producción Editorial:** Carlos Rodríguez

**Imagen de tapa:** Thinkstock

Cuatro cuentos policiales / Edgar Allan Poe ... [et.al.] ; con prólogo de María Soledad Silvestre. - 1a ed. 1a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2015. 112 p. ; 19x14 cm. - (Del Mirador ; 250)

ISBN 978-950-753-384-6

1. Narrativa Estadounidense. 2. Cuentos. I. Poe, Edgar Allan II. Silvestre, María Soledad, prolog. CDD 813

© Editorial Puerto de Palos S. A., 2013.

Editorial Puerto de Palos S. A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: [www.puertodepalos.com.ar](http://www.puertodepalos.com.ar)

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-384-6

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

## Puertas de acceso

## Los orígenes: el cuento policial clásico

Un crimen y un criminal no descubiertos. Un investigador dispuesto a descifrar el misterio. Un lector que forma parte del juego e intentará anticiparse —con la secreta esperanza de no conseguirlo— al razonamiento de los personajes para desentrañar el enigma antes de tiempo.

El relato policial tiene antecedentes remotísimos: ya en el siglo v a. C., Sófocles nos muestra en una de sus más grandes tragedias, *Edipo Rey*, la historia de una investigación que terminará sorprendiendo a su protagonista. Aun así, tendrán que pasar todavía muchos años para que el género se consolide: para que los procedimientos narrativos, la caracterización de los personajes y la organización de la trama comiencen a repetirse, con más o menos variantes, en diferentes obras de distintos autores, trascendiendo épocas y fronteras.

Y esto ocurre alrededor de 1840, cuando Edgar Allan Poe publica tres obras fundacionales del género: “Los crímenes de la calle Morgue”, “El misterio de Marie Roget” y “La carta robada”.

Es paradójico que un norteamericano haya sido el precursor de lo que más tarde se conoció como “la escuela inglesa”: en efecto, la fórmula de Poe fue retomada años más tarde por varios escritores británicos —Arthur Conan Doyle, G.K. Chesterton y Agatha Christie, entre algunos otros—, que terminaron de consolidar el género.

A esta primera variante del relato policial, popularizada por la escuela inglesa, se le dio el nombre de novela-problema, de enigma o detectivesca. En ella, siempre se plantea un caso aparentemente indescifrado (puede tratarse de un crimen, pero también de cualquier otro hecho que amenace el sistema de seguridad que la vida social presupone) que un investigador inteligente y culto resolverá sin mayores problemas mediante un procedimiento intelectual y analítico.

Este investigador es, además de extremadamente inteligente, una persona excéntrica, distante, solitaria y segura de sí misma. Viene de una familia acomodada y circula por ambientes aristocráticos y elegantes. No responde a ninguna institución pero colabora con los oficiales de seguridad para que el orden social que ha sido corrompido se reestablezca. Mantiene generalmente cierta rivalidad con ellos que nunca pueden resolver el misterio por sí solos y tienen que acudir, una y otra vez, a los servicios de este ciudadano común y corriente, un simple aficionado que investiga por el solo placer de investigar; que es siempre más sagaz, más analítico y más culto que ellos.

Físicamente suele ser débil, bajo, gordo, viejo. No necesita otra fuerza que su propio intelecto para acorralar a los culpables. Muchas veces, incluso, resuelve el misterio sin siquiera tener que salir de su despacho. Los personajes más emblemáticos del género reúnen varias de estas características: el Auguste Dupin que imaginó Poe, el Sherlock Holmes de Conan Doyle, el Padre

Brown de Chesterton, y Mrs. Marple y Hércules Poirot, salidos del ingenio de Christie.

En este tipo de relatos la investigación que lleva adelante el detective importa tanto como el mismo crimen. Así, se responden básicamente dos interrogantes: ¿quién es el culpable? y ¿cómo se lo descubrió? Por un lado, la historia del crimen; y por otro, la historia de la investigación.

Para que coexistan ambas, el narrador tendrá que dosificar la información. Si por una parte el lector tiene que estar suficientemente informado como para interesarse en la historia, por otra parte será necesario que se le oculten ciertos datos a fin de que la intriga se mantenga hasta último momento. Y entonces entra en juego el lector. El detective persigue al culpable y el lector persigue al detective. Se establece entonces una competencia entre los dos, una carrera de ingenio que inevitablemente —si el policial es bueno— ganará el detective.

Son muchísimos los recursos que permiten mantener la intriga hasta las páginas finales. Se dan falsas pistas, se presentan innumerables sospechosos, se altera el orden lineal de la historia, se usa la digresión para despistar y manipular al lector.

Uno de los medios de manipulación más efectivos, seguramente, es el de presentar un doble punto de vista. Por un lado, el del investigador y por otro el de su acompañante (que suele ser, además, el narrador de la historia). Este acompañante cumplirá básicamente dos funciones: desorientará al lector mostrándole su propio razonamiento (que, por supuesto, siempre será erróneo) frente al enigma, y a la vez (por su torpeza y raciocinio ordinario) resaltará la extrema inteligencia del detective.

En última instancia, cualquiera sea el recurso utilizado para lograrlo, el relato policial detectivesco tendrá que tener siempre un desenlace imprevisto y mantener despierta la curiosidad del

lector respecto a los hechos que determinaron el crimen. Cuando esta curiosidad deje de hacer foco sobre lo que ya pasó y comience a generar un nuevo tipo de intriga, el suspenso, más vinculado con lo que va a ocurrir en un futuro (¿qué pasará con el protagonista?, ¿cómo escapará del peligro que lo amenaza?, etc.), el género comenzará a evolucionar hacia una nueva variante: el policial negro.

### La evolución hacia el género negro

Si al policial clásico se lo identificaba con la “escuela inglesa”, a esta nueva variante, que se inicia mucho antes pero comienza a hacerse notable durante la primera mitad del xx, se la vinculó con la “escuela norteamericana”.

Su precursor fue Dashiell Hammett, quien antes de ser novelista había trabajado como detective privado en la agencia Pinkerton. Sam Spade, su más ilustre personaje, es un investigador muy diferente al arquetipo establecido por la escuela inglesa: fuerte y de contextura grande, terco, cínico y desconfiado. Se mueve con soltura por los barrios más peligrosos porque de allí proviene: es pobre y conoce el hampa tan bien como el criminal. Por eso también es violento, rudo y vulgar. No duda en utilizar los mismos métodos que el delincuente para conseguir sus propósitos. Se mueve más por intuición que por inteligencia, aunque consigue resultados igualmente notables: siempre está un paso adelante de los oficiales de policía con los que colabora, y consigue hacer justicia en un mundo que cada vez es más injusto.

Esta evolución del género responde necesariamente a un cambio en el contexto histórico social. Si el cientificismo y el positivismo del siglo xix podían explicar la resolución racional

de los enigmas en los relatos policiales clásicos, la realidad norteamericana de principios del siglo xx pedía otro tipo de resolución. Con el crack de la bolsa y la entrada en vigencia de la “ley seca”, los gánsters comienzan a controlar las calles de Estados Unidos y adquieren más poder que cualquier oficial de seguridad. Se necesitan otros métodos para apresarlos, jugar el mismo juego sucio y desleal para poder llevarlos tras las rejas.

Y así son los protagonistas del policial negro: rudos, violentos y sin códigos morales que les impidan enfrentarse a los criminales que dominan las calles. Con necesidades económicas, sentimentalmente fracasados y éticamente incorrectos aunque con cierto sentido de honorabilidad que los ubica siempre del lado de la justicia (aunque no necesariamente de la ley). Con más o menos variantes, el Philip Marlowe de Raymond Chandler y el Lew Archer de Ross Mac Donald —entre otros exponentes notables del género— responden a esta caracterización.

Pero el perfil del protagonista no es lo único que determinó la evolución del género. Como ya dijimos, se planteó también un nuevo tipo de intriga: en la serie negra generalmente no hay dudas acerca de quién es el culpable del delito, se lo conoce desde las primeras páginas. La inquietud del lector se traslada entonces a la acción y a los hechos venideros: lo que interesa saber en este tipo de relatos es cómo hará el detective para hacer justicia cuando el criminal tiene el poder de burlar todas las leyes.

Por eso también el policial negro funciona muchas veces como denuncia de un mundo hostil, injusto y despiadado donde el más fuerte gana. Un mundo donde el deterioro moral y la corrupción afectan a los gobernantes y a los gobernados. El mismo Raymond Chandler<sup>1</sup> lo describe así:

<sup>1</sup> Citado por Fereydoun Hoveyda en *Historia de la novela policíaca*, Alianza Editorial, Madrid, 1967.

*La novela policial realista habla de un mundo en el que unos bandidos pueden gobernar naciones y casi gobiernan ciudades; en el que los hoteles, los edificios de departamentos, los restaurantes famosos están en manos de hombres que han hecho fortuna con los prostíbulos. Un mundo donde un juez cuya bodega está llena de licores puede condenar a un hombre por tener una botella en el bolsillo. Es un mundo que no huele bien, pero es el mundo en el que usted vive.*

### Otras tendencias

Aun cuando las escuelas inglesa y norteamericana son las que más se difundieron, la literatura policial no se agota en ellas. Existen muchas otras variantes que no responden ni al relato detectivesco ni a la serie negra, pero que son indudablemente parte del género y cautivan de distintos modos a muchísimos lectores.

La tradición francesa, por ejemplo, cuenta con varios exponentes ineludibles y muy populares. Es el caso de Rouletabille, creado por Gastón Leroux, héroe de varias novelas entre las que se destacó *El misterio del cuarto amarillo*. En estos relatos el policial se entrelaza con la novela de aventuras aun cuando se retoman muchos preceptos del policial clásico, como el enigma del “recinto cerrado” que Poe planteara en *Los crímenes de la calle Morgue*: el crimen tiene lugar en una habitación a la que es imposible entrar y de la que es imposible salir.

El Arsene Lupin, creado por Maurice Leblanc, también es legendario. En este caso, el héroe es la contracara del detective recto e incorruptible: se trata de un ladrón de guante blanco que a la vez oficia como policía y puede cambiar su identidad rápida y hábilmente ya que es un “genio en el disfraz”. Por su parte, con el personaje de Fantômas, los autores Pierre Souvestre y Marcel Allain añaden al género un nuevo condimento: el terror.

## Índice

<b>Puertas de acceso</b> .....	<b>3</b>
Los orígenes: el cuento policial clásico	5
La evolución hacia el género negro	8
Otras tendencias	10
La variante latinoamericana	11
<b>La obra</b> .....	<b>15</b>
La carta robada	15
El tren desaparecido	41
Frente de tormenta	67
El centro de la telaraña	83
<b>Bibliografía</b> .....	<b>107</b>